



La benignidad

por Félix Palacios¹

Tu diestra me sustentó, y tu benignidad me ha engrandecido (Salmo 18,35).

Uno de los rasgos más asombrosos de Dios es la benignidad.

La benignidad ocupa el quinto lugar en la descripción que el apóstol Pablo hace del fruto del Espíritu (Ga 5,22), el segundo lugar en su descripción del amor (1 Co 13,4), el cuarto lugar en la descripción que hace Santiago de la sabiduría que es de lo alto (Stg. 3,17) y, por supuesto, es una de las características de la personalidad de Dios, tal como se subraya en varios lugares de la Biblia.

Pero, ¿qué es «benignidad»? Sin duda pensamos en algo bueno, algo que nos hace bien, en contraposición de la malignidad, que es aquello que nos hace mal. Para la Real Academia, «benigno» significa «afable, benévolo, piadoso, suave, apacible...» En el día a día utilizamos poco la palabra «benignidad», que queda relegada casi exclusivamente al ámbito médico para referimos a «un tumor benigno». Ningún tumor es benigno, porque su presencia en nuestro cuerpo no nos hace ningún bien (que es lo que significa realmente benigno), pero lo decimos así para diferenciarlo de otro maligno, que es agresivo y compromete más la vida del portador.

Dios es benigno, y esto quiere decir que está en su ser hacer bien aun cuando seamos malos: «... y seréis hijos del Altísimo, porque él es benigno para con los ingratos y malos» (Lc 6,35).



¿Y dónde se encuentra esa benignidad de Dios para con nosotros? Aquí está el quid de la cuestión. Cuando tomo nota de por dónde recibo esa benignidad cada día desde que me levanto hasta que me acuesto, me doy cuenta de cuánto nos abruma Dios con su benignidad:

- Los «buenos días, cariño» por la mañana nos hace bien.
- La sonrisa y el saludo de un vecino nos hace bien.
- La caricia del sol y del aire, el verde de los árboles, el canto de los pájaros, los saltitos de los gorriones..., nos hacen bien.
- Una caricia, una mirada de afecto, el apretón de manos, el abrazo sentido..., nos hacen bien.
- El perrito que se cruza con nosotros y nos despierta una sonrisa nos hace bien.
- La llamada por teléfono interesándose por nosotros, el mensaje por Whatsapp, etc., nos hacen bien.
- La palabra de un hermano, su oración, su testimonio..., nos hacen bien.

- Las medicinas que alivian nuestra dolencia, la amabilidad del médico y la enfermera que nos atienden, la diligencia del celador..., también nos hacen bien.
- El regalo inesperado cargado de amor y buenos sentimientos nos hace bien.
- La paciencia hacia nosotros, el perdón de nuestras faltas, el cubrir nuestros defectos..., todo esto nos hace tanto bien...

Podríamos seguir añadiendo a la lista las docenas de cosas que nos alcanzan y nos bendicen cada día. Sólo necesitamos abrir los ojos para verlas y disponer nuestro corazón para agradecerlas a Dios.

Pero podemos también formar parte de la benignidad de Dios hacia los demás, de su caricia cotidiana hacia las personas que nos rodean, y haciéndolo devolveremos algo de esa benignidad que de forma tan deslumbradora recibimos por tantos lados. Si además somos benignos para con la naturaleza, tan pródiga en benignidad hacia nosotros, nos lo agradecerá porque nos identificará con la caricia de Dios.

Ahora bien, nos encontramos con al menos un par de problemas relacio-

También en este número:

Vivir sabiéndose amados	2
El Espíritu sobre las aguas	4
El lenguaje de Dios	5
Noticias de nuestras iglesias	7
Diccionario: gloria	8

¹ Félix Palacios envió estos pensamientos a la lista de correos de la iglesia Comunidades Unidas Anabautistas, de Burgos, en dos partes en junio de 2016.

nados con este rasgo de Dios.

¿Ignoras que su benignidad te guía al arrepentimiento? (Ro 2,4). Hemos visto que la benignidad, que es todo aquello que hace bien, es sinónimo de afabilidad, amabilidad, suavidad, caricia... Pero también de corrección. Y aquí nos encontramos con el primer problema: No hay arrepentimiento sin conciencia de pecado, y para que esta se dé hace falta que algún valiente ponga el dedo en la llaga y se atreva a corregirnos. La benignidad nos guía al arrepentimiento, y el arrepentimiento no sólo nos conduce a Dios sino que nos hace mejores personas, porque nos permite dejar atrás aspectos de nuestra vida que nos ensucian, afean o deprecian, para extendernos hacia nuevas experiencias como hijos de Dios.

Sed benignos unos con otros (Ef. 4,32), *Vestíos de benignidad* (Col 3,12) —insiste el apóstol Pablo—. Y es aquí donde nos encontramos con el segundo problema: nuestro carácter.

¡Riámonos un poco de nosotros mismos! Este carácter nuestro tan castellano, tan burgalés, no es por lo general muy dado a fomentar la alegría a su alrededor con el saludo, la sonrisa, la caricia, la amabilidad, el «Por favor», etc. Si puede evitarlo lo evita, como por ejemplo haciendo como que no se ve a quien se cruza con uno e incluso dándole con la puerta en las narices cuando viene detrás. Se hace sin malicia, claro, pero este carácter nuestro, tan áspero y seco, indica que nos queda un largo camino para desarrollar plenamente en nosotros la benignidad, ese rasgo tan hermoso y expresivo de Dios.

Lo mismo podríamos decir a la hora de corregir a un hermano, un familiar o un amigo: Como no sabemos ser benignos tampoco sabemos hablar de forma benigna, no sabemos decir bien las cosas ni esperar el momento más oportuno para hacerlo. Así que pensamos: «Mejor no decir nada, haz como que no ves, no te metas...», o soltamos una patada en el peor momento con la excusa de «Es que yo soy así». El resultado es que al no corregir o corregir mal, estamos privando a la gente de un arrepentimiento o de un cambio que traería mucha bendición a su vida y la lleva-

Podemos formar parte de la benignidad de Dios hacia los demás, de su caricia cotidiana hacia las personas que nos rodean; y haciéndolo, devolvemos algo de esa benignidad que de forma tan deslumbradora recibimos por tantos lados.

ría a un escalón más alto en su relación con Dios y con los demás.

¿Y cómo podemos desarrollar en nosotros esa benignidad? Pues como todo: entrenándonos, creando hábito, tomando la iniciativa, lanzándonos a su conquista en todos los sentidos y en todos los ámbitos, empezando por nuestra propia casa y siguiendo por nuestro trabajo, vecindad, iglesia, etc. Nos ayudará recordar que tenemos esa benignidad en nuestro corazón por la presencia en él del Espíritu Santo.

... si bien [Dios] no se dejó a sí mismo sin testimonio, haciendo bien, dándonos lluvias del cielo y tiempos fructíferos, llenando de sustento y alegría nuestros corazones (Hch 14,17).

Esto es benignidad.

Venga, empecemos hoy mismo sonriendo y bendiciendo a quien tenemos al lado, aunque se asuste por no estar habituado a tales expresiones de benignidad por nuestra parte.

Se dan muchas razones como motivo de ruptura matrimonial y divorcio. Cierta especialista en cuestiones matrimoniales afirma que son tres las causas principales: «una incompatibilidad esencial» (43%), la infidelidad (28%) y desacuerdos sobre el dinero (22%). Otro cita «la falta de compromiso, demasiado discutir, casarse demasiado jóvenes, un idealismo exagerado, falta de igualdad en la relación, preparación inadecuada para el matrimonio, y abusos». Y otros nos proponen unas cuantas causas adicionales.

Creo que la causa principal que da lugar a la discordia matrimonial, la separación y el divorcio, es esta: Los esposos no alcanzan a comprender la profundidad del amor que les tiene Dios. Y a falta de una comprensión creciente de la inmensidad de ese amor, se hallan incapaces de amar plenamente a su cónyuge. Creo que es éste el factor que da pie a esos otros motivos que se mencionan, de insatisfacción matrimonial y divorcio.

En los días anteriores a su sacrificio y muerte, Jesús dejó a sus discípulos algunas palabras muy oportunas acerca de cómo vivir relaciones de amor. Las encontramos en Juan 13,34-35. Jesús se refirió a esto como su mandamiento nuevo. Yo aplico esta enseñanza sobre cómo amar al prójimo, al vínculo matrimonial. Así quedaría entonces lo que dice Jesús, con mis añadidos en cursivas a manera de énfasis:

«Así que ahora os estoy dando un mandamiento nuevo: *Esposos, amad a vuestras esposas; y esposas, amad a vuestros esposos*. Así como yo os he amado, *los esposos han de amar a sus esposas, y las esposas a sus esposos*. Vuestro mutuo amor será la evidencia ante el mundo, *especialmente para vuestros hijos y nietos, de que sois mis discípulos*».

Antes, Jesús había dado el más grande mandamiento, que hallamos en Mateo 22,34-40. El mensaje no es complicado: que amemos. La primera parte interpela a todos los discípulos a

Vivir sabiéndose amados: la clave para un matrimonio feliz

por Lynn Kauffman

amar «al Señor tu Dios» con todo su corazón, toda su alma, toda su mente. Cuando aplicamos este mandamiento al matrimonio, vemos que Jesús quiere que los cónyuges entendamos que el propio Autor del matrimonio es también el máximo ejemplo de amor.

En segundo lugar, nos instruye amar al prójimo como nos amamos a nosotros mismos. Mi «prójimo», palabra que indica esencialmente la persona más próxima a mí, es mi esposa Mary. Ella representa la relación humana más importante de mi vida. Y ella diría lo mismo en cuanto a mí. Esta relación es más importante que ninguna otra, incluso nuestra relación con nuestros hijos, nietos, padres, familia y amigos. El caso es que nuestra relación con Dios y entre nosotros es lo que da sentido y vida a todas las otras relaciones humanas que vivimos.

¿Pero cómo amamos al cónyuge? ¿Qué ejemplo podemos seguir? ¿El ejemplo de Hollywood, el cine, las series de televisión? Seguramente no sería esa una idea muy buena como respuesta a las relaciones infladas y superficiales y una proporción elevada de divorcios rápidos. Aquí, otra vez, lo que hay que hacer es referirnos al plan de Dios: «Así como yo os he amado, que améis *cada cual a su esposo o esposa*».

Cuando vemos a la vez Juan 13 y 1ª Corintios 13, «el capítulo de amor», podemos llegar a una fórmula práctica para evitar el hartazgo matrimonial. Así como nos ama Dios, procuraremos cada uno amar a su esposo o esposa...

- Demostrando paciencia sin nunca tirar la toalla (una virtud difícil pero no imposible).
- Tratándola (tratándolo) con bondad (y demos gracias a Dios que en su misericordia, siempre surgen oportunidades para ser bondadosos).
- Sin envidiar lo que él o ella tiene, ni lo que no tenemos los dos.
- Sin jactancia ni vanidad.
- Sin arrogancia ni la tendencia a anteponer a todo, lo que prefiere uno mismo.
- Sin falta de consideración, sin deshonrarla (deshonrarle).
- Sin querer salirse con la suya ni egoísmo (recordando aquí también el ejemplo de cómo nos trata Dios).
- Sin irritabilidad ni rapidez para enfadarse y perder los estribos.
- Al no llevar la cuenta de «las que me debe».
- Al no disfrutar cuando él o ella sufre un revés o padece una injusticia.

- Al alegrarme cuando la verdad sale a la luz.
- Al no pensar lo peor sino siempre lo mejor de él o ella.
- Al confiar en él (ella) y creer en él (ella).
- Al saber aguantar en cada circunstancia.
- Al no perder nunca la esperanza.
- Al no mirar jamás atrás sino siempre adelante, perseverando hasta el final.

En Efesios 3,18 Pablo nos anima a: «observar, junto con todos los seguidores de Jesús, las dimensiones extravagantes del amor de Cristo». Meditar sobre esta idea y sobre las verdades que hallamos en «el capítulo de amor» nos brindará un gozo y una gratitud increíbles. Acabaremos de acuerdo con lo que expresa David en el Salmo 63,3 donde pone: «Por cuanto tu bondad es mejor que la vida, mis labios te alaban».

Pero Pablo nos lleva más allá, para estimularnos a experimentar la anchura, longitud, profundidad y altura del amor divino, en el contexto de todas nuestras relaciones personales — empezando con nuestro cónyuge, si es que estamos casados—. Es así como nuestras vidas experimentarán abundancia y nuestros matrimonios se llenarán de la plenitud de Dios.

Así es cómo seguiremos ahondando en lo que significa ser un cónyuge que vive sabiéndose amado (amada), viendo cómo se nos abren puertas nuevas de alegría y satisfacción en el matrimonio.





El Espíritu sobre las aguas

por Antonio González

Es una imagen habitual para muchos cristianos la identificación del término «Dios» con la persona del Padre, es decir, con el principio de la Trinidad. Dios sería, ante todo, el Padre eterno. Por supuesto, también los cristianos afirman que el Hijo unigénito, Jesús el Mesías, pertenece a la divinidad. Y, finalmente, el cristianismo también afirma que el Espíritu Santo, derramado en nuestros corazones, es verdaderamente Dios. Sería el modo usual en el que se ve la doctrina de la Trinidad. Partiendo del Padre como fuente de la divinidad, se piensa en sus dos «manos» amorosas, con las que alcanza a sus criaturas: el Hijo y el Espíritu.

No cabe duda de que la imagen de Dios como Padre aparece en el Antiguo Testamento. Dios sería el Padre de Israel. El pueblo de Dios, constituido en gran medida por los acontecimientos del Éxodo, habría sido adoptado por Dios como su primogénito (Ex 4,22). Por eso puede decir Dios, por boca del profeta Oseas, que «de Egipto llamé a mi hijo» (Os 11,1). De ahí que también Pablo recuerde que a Israel le pertenece, antes que a los gentiles, la adopción como hijos de Dios (Ro 9,4). Sin embargo, la paternidad no es el primer modo de referirse a Dios en el Antiguo Testamento. Ni siquiera es el dominante. Más bien hay que esperar al mensaje de Jesús para que la imagen de Dios como *Abba*, Padre, se haga central. Incluso se podría decir que solamente con Jesús, el Hijo, llegamos a la plena revelación de Dios como Padre.

El Antiguo Testamento se abre con la afirmación de que Dios creó los cielos y la tierra. El primer nombre es sin duda enigmático. Donde nuestras Biblias dicen Dios, el hebreo dice

'Elohim, es decir, «dioses». Sin embargo, el verbo viene en singular: «Al principio “Dioses” creó los cielos y la tierra». El nombre *'Elohim* ya funciona entonces como un singular, es decir, como un nombre propio para Dios. Como si en él se recogiera la pluralidad de las antiguas religiones, para al mismo tiempo negar toda idolatría. Como si el nombre *'Elohim* quisiera mantener un misterio, que solamente se revelaría plenamente cuando Jesús, mediante el Espíritu, nos da a conocer el verdadero rostro de la divinidad.

Más allá de ese misterioso nombre, la Escritura afirma que el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas. El término para espíritu es *ruaj*, es decir, «viento». En el antiguo hebreo, un «viento de Dios» puede querer decir un «viento fuerte». Así lo traducen algunas versiones modernas. Sin embargo, la expresión «viento de Dios» difícilmente puede haber querido pasar por alto la alusión a Dios, creador de todas las cosas, que aparece en la frase inmediatamente ante-

rior. Así lo debe haber pensado el mismo autor del libro de los Hechos, cuando nos habla de un «viento recio» en el día de Pentecostés, cuando el Espíritu se derramó sobre la primitiva comunidad cristiana (Hch 2,2). También en griego la palabra *pneuma* significa tanto «espíritu» como «viento». En el viento recio, el «viento de Dios», parece estar una primera y originaria caracterización del Dios creador.

La metáfora del viento sugiere la idea de un poder invisible. El viento es libre, no parece estar sometido a nada. Sopla donde quiere, se oye su sonido, pero no se sabe de dónde viene ni adónde va (Jn 3,8). El viento puede ser muy poderoso, pero normalmente se le puede resistir (Hch 7,51), así como el Espíritu de Dios es libre, pero no anula la libertad del ser humano. Del mismo modo, el viento, en cuanto aire, es esencial para la vida. Mientras haya respiración, hay vida. Y, sin embargo este elemento, esencial para la vida, no es algo visible. A diferencia de muchas otras cosas que forman parte de nuestra experiencia cotidiana, el viento es invisible.

No cabe duda de que el viento es una metáfora enormemente rica para expresar la realidad de Dios. Presente en todas partes, íntimamente cercano a toda la creación. Fondo último de la vida. Y no sólo cercano, sino íntimo a nosotros mismos como el mismo aire que respiramos. En el segundo relato sobre la creación, Dios sopla en la nariz del ser humano un aliento de vida, para que llegue a ser «alma viviente» (Gn 2,7; Job 33,4). El término hebreo para «alma» (*nefesh*) alude de nuevo a la respiración. El alma es el «ánimo», que nos «anima», como anima a todos los animales, y los hace

No cabe duda de que el viento es una metáfora enormemente rica para expresar la realidad de Dios. Presente en todas partes, íntimamente cercano a toda la creación. Fondo último de la vida. Y no sólo cercano, sino íntimo a nosotros mismos como el mismo aire que respiramos.

El ser humano es imagen y semejanza de Dios. Como el Espíritu de Dios es libre, también el ser humano está llamado a la libertad.

seres vivos. Pero en el caso del ser humano, este «ánima» proviene directamente del aliento de Dios. De nuevo se trata de una imagen poderosa, llena de sugerencias.

El ser humano, en lo que tiene de más radicalmente humano, está emparentado con Dios. Podemos decirlo con las palabras del primer relato de la creación: el ser humano es imagen y semejanza de Dios (Gn 1,26). Como el Espíritu de Dios es libre, también el ser humano está llamado a la libertad. En el ser humano acontece algo que le emparenta con Dios, y no con las cosas con las que vive. Y sin embargo, al mismo tiempo, el ser humano es diferente de Dios. Ni el «soplar», ni el «aliento» (Gn 2,7) contienen el término *ruaj*, que el primer relato de la creación ha empleado para el Espíritu divino. El espíritu humano no es el Espíritu de Dios, sino que depende de ese Espíritu para tener una vida plena.

Ciertamente, el ser humano (eso significa *adam*) sufre una «muerte espiritual» el día en que quiere fundar su vida, no en el aliento del Dios, sino en los frutos de sus acciones (Gn 2,17). Todos los árboles, incluyendo el árbol de la vida, estaban a su disposición. Sin embargo, el ser humano prefiere vivir, no de los regalos, sino de las cosas que él mismo consigue. En lugar de atender al origen de la vida, atiende a las cosas. No se trata, claro está, de una muerte física, porque el ser humano sigue respirando, como todos los animales. Se trata de una muerte espiritual: el ser humano pierde la conexión con el Espíritu de la vida. De ahí que la liberación consista precisamente en ser sellados con el Espíritu Santo, para ser llenos de la plenitud de Dios. Donde sopla el Espíritu divino, allí renace la libertad originaria, como en el amanecer mismo de la creación.

Los anabautistas frecuentemente nos fijamos en el hecho de que, con el llamado «giro constantiniano», la iglesia perdió, en el siglo IV, su vinculación con el reinado de Dios. En lugar de vivir de la justicia que viene de Dios, la iglesia comenzó a vivir de su propia justicia. Y en lugar de dar un testimonio universal de paz, las iglesias se vincularon a sus respectivos estados, bendijeron ejércitos y guerras, y se unieron a la práctica universal de la violencia. Pero algo más se perdió. El reinado de Dios no es sólo justicia y paz, sino también gozo en el Espíritu Santo (Ro 14,17). Es el gozo de la redención que tiene lugar donde, mediante el Espíritu, reina el Mesías Jesús.

Los escritores del siglo IV, como los obispos Ambrosio de Milán y Agustín de Hipona reflejaron en sus escritos la paulatina desaparición de los dones del Espíritu. El poder divino fue sustituido por el poder humano. Significativamente, ambos autores comenzaron a participar, en mayor o menor medida, en las actividades represivas del imperio contra los «herejes». Inversamente, los anabautistas del siglo XVI fueron considerados, por la reforma «oficial», amparada por el estado, como caóticos «espiritualistas». En realidad, la mayor parte de ellos no lo eran, pues insistieron en algunos aspectos esenciales del obrar del Espíritu. Y es que el Espíritu que habita en nosotros nos vincula a una comunidad, que se debe organizar como tal para dar un testimonio de Cristo en la historia. Precisamente por ello, todos los dones del Espíritu no son «medallas» que atestiguan una presunta espiritualidad individualista, sino dones para el servicio mutuo. Fue el énfasis de Pilgram Marpeck frente a los espiritualistas de su tiempo.

Y es que el Espíritu no es otra cosa que Dios mismo, en su propia esencia, presente para siempre en su creación y, mediante la fe, en los corazones de los redimidos.



Parábolas para un mundo que vive a corto plazo (XV)

El lenguaje de Dios

Un pueblo sufrió un gran temporal. Día tras día las aguas crecían y sus habitantes debían dejar sus casas de forma rápida para no morir ahogados. Pero el sacerdote del pueblo, seguro de que aún no le había llegado la hora de dejar este mundo, se mantenía firme en la iglesia.

El alcalde del pueblo le dijo:

—Padre, debe salir cuanto antes de la iglesia, ya que las aguas van creciendo y pronto todo el pueblo estará bajo el agua.

El sacerdote le respondió:

—Estoy en las manos de Dios, por lo que Él me salvará cuando sea el momento.

Cuando el agua entró en la iglesia apareció en una canoa Protección Civil y le gritaron:

—Padre, súbase en la canoa o perecerá ahogado.

El sacerdote les respondió:

—No se preocupen. Dios me salvará si es necesario.

El agua seguía subiendo y el sacerdote se refugió en lo más alto del campanario. Entonces apareció un helicóptero que le tiro una soga para que subiera al helicóptero. De nuevo el sacerdote insistió:

—No se preocupen. Estoy en las manos de Dios.

Las aguas terminaron de cubrir la iglesia y el sacerdote murió.

Cuando llegó al cielo el sacerdote le echó en cara a Dios, enojado:

—*¡Yo que tanto he hecho en Tu nombre por la gente de este pueblo!
¡Y en el momento más difícil de mi vida me abandonas y no me ayudaste!*

Dios le respondió:

—*Te envié tres formas de ayuda y a las tres te negaste, diciendo que no necesitabas ayuda ¿Qué más podía hacer por ti?*

Dios habla de muchas maneras

Es una realidad constatable a través de la historia de la humanidad lo que afirma el autor de la Carta a los Hebreos 1,1, cuando testimonia que Dios habla de múltiples maneras.

En la Biblia Dios habla a menudo a través de fenómenos naturales. Un arco iris materializó la promesa que Dios hizo a Noé. La zarza ardiente fue la manifestación que Dios eligió para hacerse visible a los ojos de Moisés. Cuando Job pidió a Dios una explicación por sus desgracias, le respondió desde un torbellino, lo cual era en la antigüedad, una señal frecuente de las manifestaciones divinas. Dios sigue hablando hoy a través de formas naturales de todo tipo. Una de ellas y a la que menos atención prestamos, es a través de los demás.

Limitar a Dios a una única forma de hablar no solo empobrece nuestra comprensión de Dios, sino que hacemos a Dios a nuestra medida y a nuestro antojo, como si él fuera un objeto que podemos dirigir y manipular según nos convenga.

Es por ello que escuchar y discernir aquello que Dios quiere decirnos en los diferentes momentos y circunstancias de nuestra vida no resulta nada fácil. Para mí este es un territorio

muchas veces inexplorado y lleno de misterios, porque en última instancia se trata de nada más y nada menos que distinguir entre la voluntad de Dios para mi vida, y lo que son puras imaginaciones y deseos míos.

La sugerencia que nos puede ser útil en este camino de escuchar la voz de Dios y no la nuestra, no es otra que estar abiertos a las muchas maneras en que Dios nos habla.

La historia del sacerdote que parece que esperaba oír de forma misteriosa y directa la voz de Dios, nos muestra cómo este hombre limitaba a Dios en su forma de entender como él habla.

A este hombre no se le pasó por la cabeza que muy a menudo Dios habla por medios tan naturales y sencillos como los demás y las circunstancias. La expresión «Dios habla a través de los demás» define el principio de que Dios muy a menudo nos habla por boca de otras personas. El Señor utiliza a las personas cercanas, y otras veces lejanas, para captar nuestra atención a su mensaje para nuestra vida.

En esta historia el uso de la repetición de los acontecimientos es un indicador que hace hincapié en algo que no podemos ignorar. El oír el mismo mensaje varias veces en un breve lapso de tiempo debería ser una señal a tener muy en cuenta.

Una de las formas más directas para escuchar aquello que Dios quiere comunicarnos, es a través de la oración y el recogimiento. Sentada y serena, la persona pide a Dios de forma sencilla entender lo que necesita en ese momento de su vida, y

luego espera su respuesta con paciencia. Si no llega una respuesta de inmediato, no hay que darse por vencidos. La próxima vez que suene el teléfono, tal vez esté ahí la respuesta. La próxima vez que conozca a alguien, esa persona puede ser la señal que confirma la necesidad que uno tiene. Si esto ocurre es importante vislumbrar uno de los asombrosos milagros de Dios para hacernos entender aquello que quería comunicarnos.

Pensamiento para la reflexión personal

- Eclesiastés 4,9-12
- *Un barco no debería navegar con una sola ancla, ni la vida con una sola esperanza* (Epicteto).
- Una pregunta fundamental que todo creyente debe hacerse continuamente es: ¿Cómo distinguir entre lo que es fruto de la propia imaginación y aquello que Dios quiere para nosotros? Un proverbio africano puede sernos muy útil para encontrar respuesta a esta pregunta: «*Si una persona te dice burro, riéte de ella; pero si te lo dicen diez, cómprate unas alforjas*».
- Los escritos de los místicos de todas las épocas son inflexibles en su insistencia en que en la vida del discernimiento de la voluntad de Dios se ha de contar con la ayuda de los demás. Teresa de Ávila advertía constantemente a sus hermanas a escuchar con atención el consejo de sus guías espirituales.

Con este artículo doy por finalizada una primera parte de «Parábolas para un mundo que vive a corto plazo». Me tomaré un tiempo para encontrar nuevas historias y ampliar esta serie de artículos.

—José Luis Suárez



Noticias de nuestras iglesias

La familia Garber, a Barcelona

Barcelona, 20 junio — La Iglesia Menonita de Barcelona anuncia que el domingo 3 de julio decidió en asamblea, por unanimidad invitar, acoger y comprometerse con la familia Garber en la construcción de un proyecto común. Antes hubo un proceso de conocimiento mutuo, que ha incluido muchas conversaciones virtuales por internet, un viaje a Lituania para visitar a Joshua y Alisha Garber, y otra visita de dos semanas en Barcelona (con Asher Francis, su bebé) en este mes de julio. Las áreas en las que vamos a trabajar juntos son, principalmente, la de niños y jóvenes, la de alabanza y adoración, y la de comunicación. Son áreas en las que sus dones y nuestras necesidades coinciden.

Desde 2013 el matrimonio Garber venía estado destinado por la Red de Misión Menonita (MMN, por sus siglas en inglés) de EEUU, a la Universidad Internacional LCC, en Lituania. Alisha servía como Directora de Vida de Comunidad en el campus universitario, Joshua actuaba como Coordinador de Formación Espiritual. Asher, nacido este verano, es su primer hijo.

La Iglesia Menonita de Barcelona tiene una relación desde siempre con la misión MMN (antes conocida por las siglas MBM), que viene involucrada desde sus inicios en los años 70. Apoyaron con personal como la familia Rutschman y el matrimonio Driver (hasta principios de los 80), ayudas para poner en marcha el antiguo Hogar de Ancianos, etc.

Estamos todos muy ilusionados con este regalo que Dios nos hace a Barcelona y, por extensión, a toda AMyHCE. Confiamos en que el señor seguirá guiando todo el proceso —en particular la recogida de los fondos necesarios entre nuestras iglesias hermanas en EEUU—, así como las relaciones con la misión MMN, de EEUU.

Agradecemos de corazón el apoyo en oración de nuestras iglesias hermanas, para que este proyecto pueda hacerse una realidad. [David B.]



La comunidad ora por la familia Garber, de visita en Barcelona

Entre tanto, el matrimonio Machado

Quintanadueñas, 20 de junio — En correos recientes, Tim Foley, responsable para Europa de la Red Menonita de Misión (MMN, por sus siglas en inglés) nos pone al corriente de cómo progresa el proyecto de enviar a Francisco y Juanita Machado como personal misionero para añadir a nuestros esfuerzos de evangelización y expansión en España.

Fue aprobado hace algún tiempo el proyecto, que se halla en el punto de recaudar los apoyos económicos necesarios. Esto puede tardar todavía algo de tiempo, por algunas dificultades particulares. Francisco y Juanita no son naturales de EEUU, por lo cual carecen de algunas de las conexiones personales naturales entre las iglesias menonitas de EEUU, que sí tienen otras personas que son enviadas a las misiones. Otras circunstancias —por ejemplo las incertidumbres de la

economía mundial, también controversias que está sufriendo la denominación y nada tienen que ver con las misiones— contribuyen a que esto vaya lento. Pero no por ir lento está parado ni ha quedado olvidado.

Francisco y Juanita, oriundos de Honduras, tienen proyectado pasar entre seis meses y un año en Burgos, en proceso de adaptación al país y sus costumbres, para después radicarse en otra ciudad de España y abrir una iglesia evangélica nueva.

Desde España y AMyHCE, que a fin de cuenta somos quienes los hemos invitado para estos fines, nos corresponde insistir en orar con fe en nuestras iglesias. [Dionisio]



Diccionario de términos bíblicos y teológicos

gloria — Cualidad de exaltación o brillantez excepcional, asociada habitualmente con la majestad y la divinidad.

El término del Antiguo Testamento que se suele traducir como «gloria» es *cabod* y otras palabras relacionadas.

Siempre me ha llamado la atención que la palabra *cabed*, como adjetivo, puede significar en hebreo «pesado, importante, numeroso, rico, difícil, terco»; pero que como sustantivo, *cabed* significa «hígado». Hoy compramos la carne troceada en la carnicería o el supermercado, pero en la antigüedad a nadie le podía dejar de llamar la atención el hígado en una pieza de caza o al sacrificar un animal doméstico para consumo, por su gran tamaño y su color intenso y especialmente luminoso. Para los hebreos, entonces, parecería que resultase natural derivar del término para decir «hígado» este otro —*cabod*— que viene a indicar un gran tamaño, un gran peso, una primerísima importancia o riqueza. Y sí, también, por extensión, la majestuosidad, importancia o carácter descollante o sobresaliente, que viene a asociarse con los reyes y con los dioses.

El concepto de «dar gloria» (a un rey, a un héroe militar victorioso, a un dios) no dista mucho, entonces, de otra palabra que figura frecuentemente en los Salmos para indicar alabanza: «engrandecer» o atribuir la cualidad de «grande», como cuando decimos «Herodes el Grande» (o con idéntico sentido, «Alejandro Magno»). «Glorificar» o «dar gloria» a Dios, entonces, es señalarlo como especial, sobresaliente, descollante entre sus pares. Hasta el siglo V a.C. como muy temprano, no está claro que los israelitas y judíos en general entendieran que Dios es único en el sentido de que no existen otros dioses. Sí tenían claro que era único en el sentido de que no había otro dios como él: ningún otro tan grande ni tan majestuoso ni tan importante ni tan fuerte y poderoso —tan «glorioso», en una palabra.

Si el término hebreo del Antiguo Testamento se asocia a la idea de

grandeza, importancia y poder, el término griego equivalente —*doxa*— que figura en los textos del Nuevo Testamento se asocia más con la reputación y la fama.

Es un término más abstracto. El verbo *dokéō*, de donde deriva, significa especialmente «considerar, pensar, creer, opinar». De ahí que la «ortodoxia» viene a indicar las doctrinas correctas. La persona «gloriosa», entonces —la persona con *doxa*, en griego— es la que tiene mejor consideración, la persona de la que se tiene la mejor opinión. En relación con esto, la palabra *doxa* puede referirse a las apariencias. Como reflejo de la opinión que se tiene de ella, esa «gloria» (*doxa*) puede ser sólo aparente, ilusoria... pasajera. Llegamos así al concepto de «celebridad», fama, renombre, prestigio y esplendor personal. Como los destellos de celebridad de los famosos, esta «gloria» puede deslumbrar por su brillo; como las «estrellas» del cine o el deporte, pueden parecer proceder «de otra galaxia» que el común de los mortales.

Esta «consideración» o «fama» solía ser especial patrimonio de los reyes, los nobles y los militares victoriosos. También de ciertos poetas destacados; y en Roma, algunos gladiadores. Y por supuesto, esa «gloria» era propia también de los dioses. En el Nuevo Testamento, es Dios y es Jesús el Mesías quien se lleva las palmas por su renombre, su brillantez personal, su majestad y excepcionalidad.

En estos dos mil años desde la época bíblica, y en particular en nuestra civilización moderna con su culto al individuo y al individualismo, hemos perdido la noción que había en la antigüedad —y que perdura en algunas gentes hasta hoy— de que la opinión que contaba no era la que uno mismo tenía de sí, sino la que tenían los demás. Hoy día casi se diría que el único juez de la valía personal de uno, es uno mismo. Aunque otros me consideren un sinvergüenza, no lo soy a no ser que sea yo mismo el que me avergüenzo de mis conductas. Por

mucho que otros me digan que valgo mucho, me fío más de mi propia autoestima —aunque la tenga por los suelos— que no de lo que me digan.

En épocas bíblicas este individualismo de opinión habría sorprendido mucho. En aquel entonces la única forma de saber lo mucho o poco que contaba uno en la sociedad, era oír lo que decían de uno los demás. Se consideraba, por consiguiente, que Dios solamente podía ser glorioso si «recibía» gloria, si era aclamado por el pueblo en alabanza. Como cualquier otro famoso, la fama, el renombre, la celebridad, la gloria *doxa* de Dios dependía de que su pueblo se la reconociese. Su grandeza, majestad, poder, influencia, su gloria *cabod*, dependía de que su pueblo lo «engrandeciera».

Hoy, naturalmente, consideramos que Dios seguiría siendo «glorioso» aunque nadie se lo quisiera reconocer. Y seguramente hacemos bien al pensar así. Y sin embargo también hacemos bien al «glorificar» nosotros también hoy el Nombre del Señor y «darle» a él siempre toda gloria.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de AMyHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo – España).

c/ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)
Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de AMyHCE.

www.menonitas.org